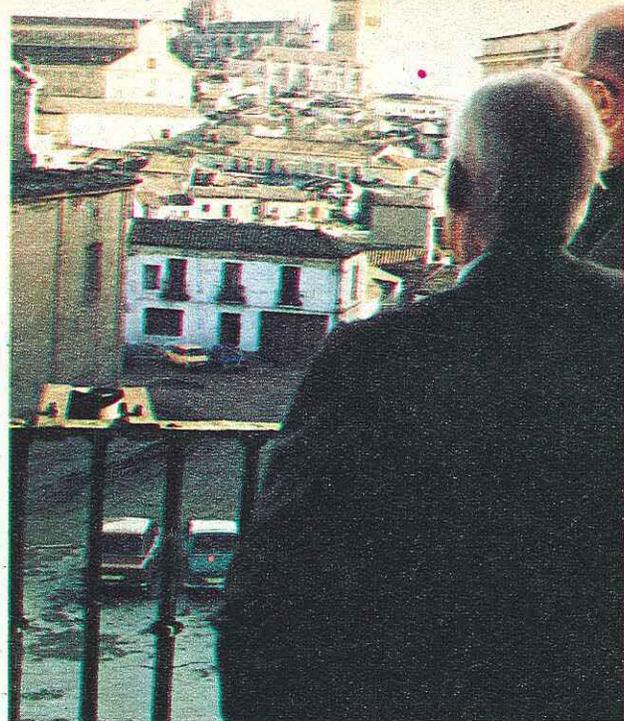


**LARGA CHARLA EN ESPAÑA CON LUIS FEDERICO LELOIR: LA ARGENTINA, LA FUGA DE CEREBROS, EL TANGO, LA POLITICA, EL CANCER, LOS JOVENES, EL FUTURO.**

**"NO ME DIGAN SABIO. ES UNA PALABRA PASADA DE MODA"**



*Frente al paisaje de Salamanca, donde Leloir buscara las huellas de un pasado prestigiado por nombres como el de San Ignacio de Loyola.*



*Ante la estatua de Fray Luis de León. "En el colegio me gustaban las materias científicas. Me costaban mucho las que dependían de la buena memoria."*

*Un gesto poco frecuente en el Premio Nobel: risa abierta, casi una carcajada. Eso, a pesar del ataque de gota que estuvo a punto de frustrar su viaje a Salamanca, y que combatió con píldoras.*



En España no es como en la Argentina. Uno entra, por ejemplo, en un mercado, y debe pedir **La vez**. Es una obviedad española, pero es. Un tipo de contraseña, un ritual cotidiano para que nadie trasgreda el orden de la compra en el almacén, en la cola del cine, en cualquier parte. En la Argentina la **cola** se intuye. Aquí se constituye. Y el que llega a un comercio lo primero que hace es preguntar "¿Quién tiene la vez?"

El hombre que nos interesa acaba de entrar este viernes en una farmacia de la Calle de Válgame Dios de Madrid. Silencioso, con las manos entrelazadas detrás de la cintura, aguarda un turno imaginario, mira esos antiguos frascos de la droguería española del siglo XIX y espera. Cara afilada, cuerpo magro y pequeño, enfundado en un impermeable que de tan blanco parece un delantal. Después de unos minutos una mujer le dice:

— Señor, usted no pidió la vez, pero es su turno. . .

Recién entonces el hombre que nos interesa se acerca al mostrador y pide un remedio contra el reumatismo. Lo paga y allí mismo, en un costado, desenvuelve el paquetito hasta dar con el prospecto, que lee con detención. El local se ha vaciado de gente. El, por fin, guarda la medicina en su bolsillo y se retira. El farmacéutico lo mira con mediano interés y para sí mismo masculla algo así como: "No sé para qué diablos leen eso. Manía que tienen. Como si supieran lo que dicen esas fórmulas". Y vuelve a su trabajo. En ese instante, de su farmacia, acaba de salir el Premio Nobel de Química de 1971.

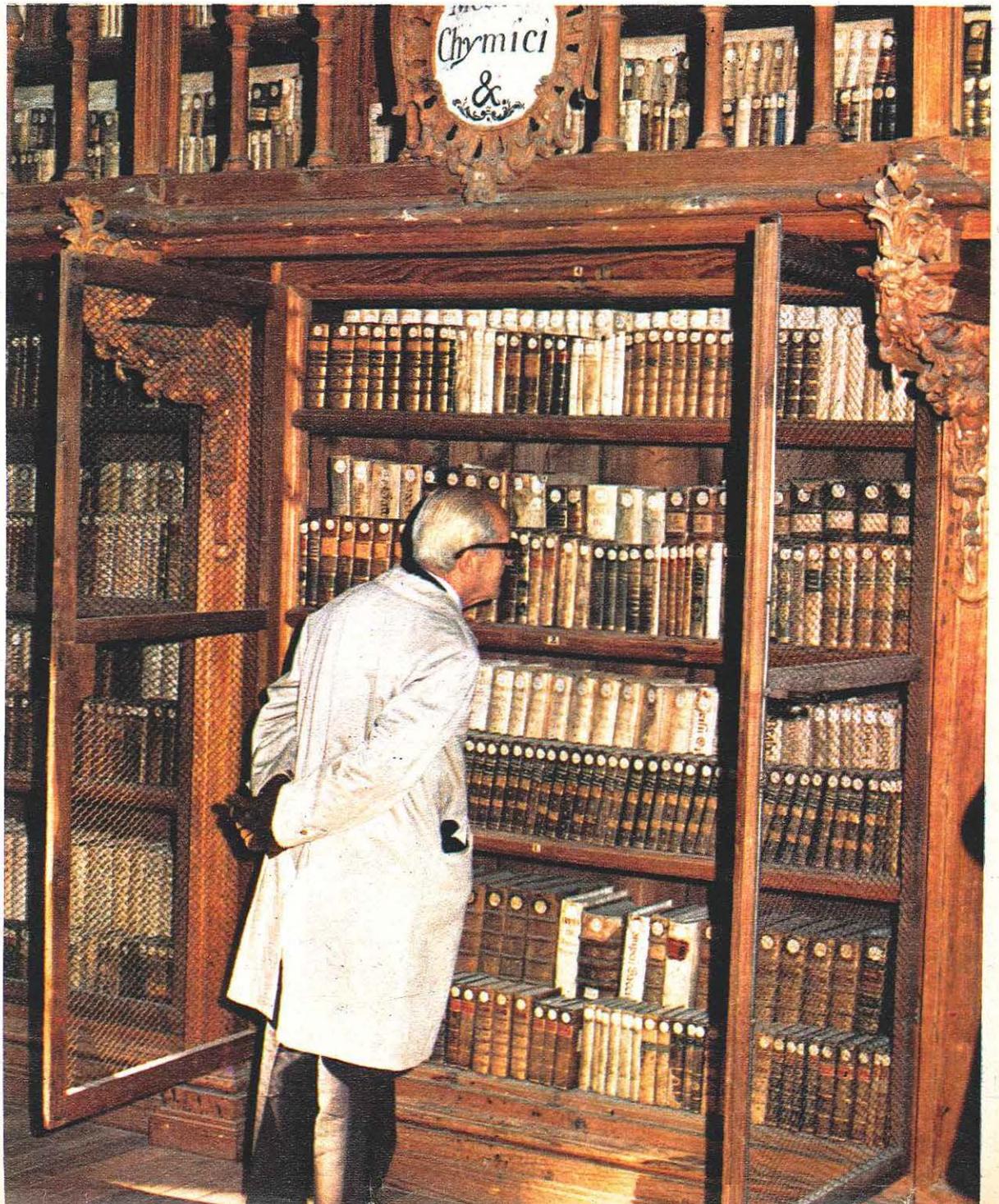
## Del brazo con el "Dire"

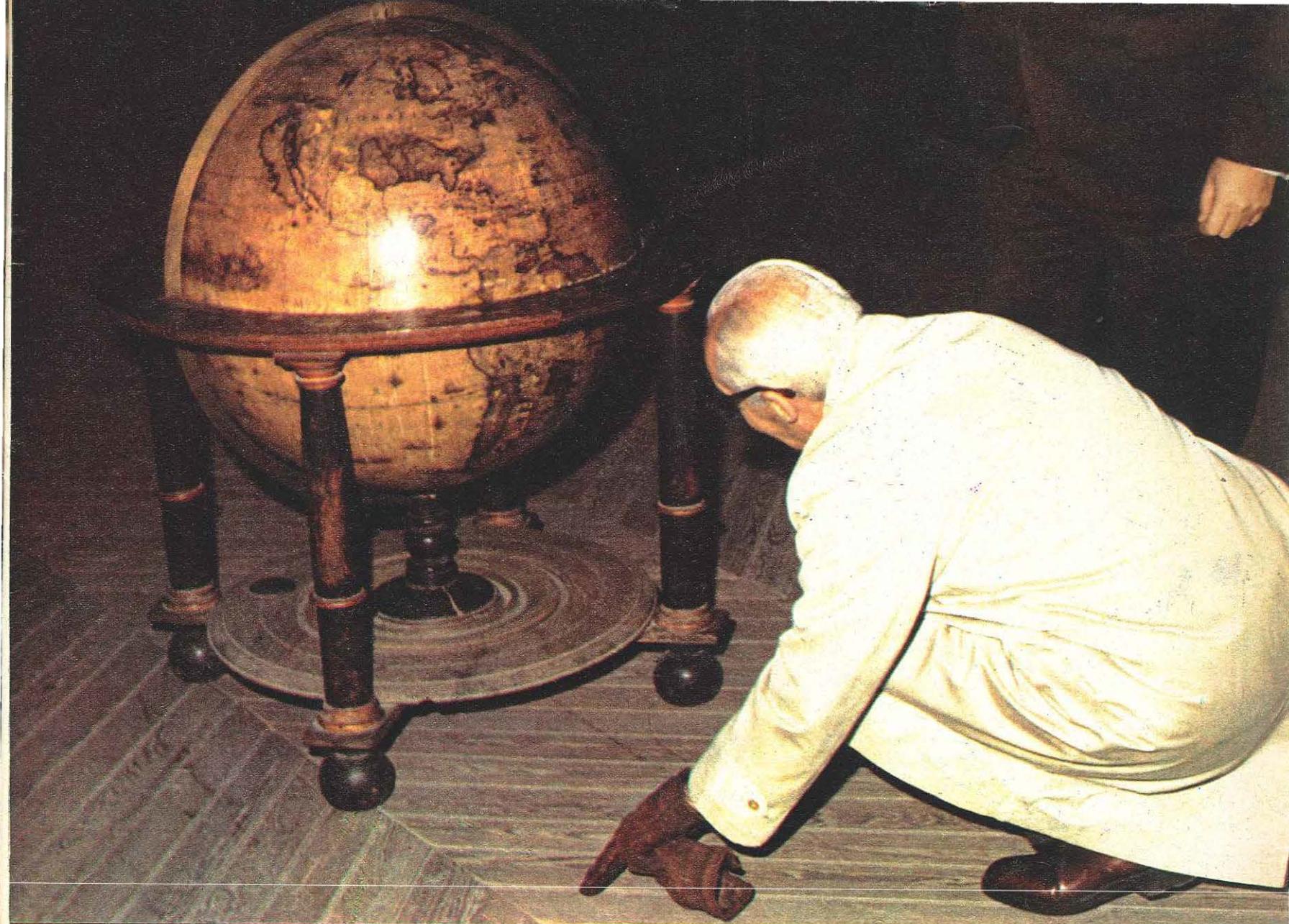
Ahora, Luis Federico Leloir camina por los claustros de la Universidad de Salamanca del brazo de una discípula española que lo llama "Dire" y que estudió con él en Buenos Aires. Cojea un poco por ese ataque de gota que lo ha llevado esta mañana a comprarse, él mismo, un remedio en la farmacia de la Calle de Válgame Dios. Pero sonríe igual, emocionado, cuando descubre en una de las paredes la fotografía de Bernardo Houssay, o cuando junto con el embajador Anaya entrega el retrato de Manuel Belgrano al rector de esta casa donde estudiaron, entre otros, Colón, Loyola, Fray Luis de León, Quevedo, Belgrano y tantos grandes más. Leloir es parco, y lo sé. Cree más en una hipótesis que en una entrevista, y lo sé. Por eso ando discreto y a distancia, tratando de no alterar su ley de silencio a la prensa, esperando la vez pero sin pedirla, mirándolo como se mira un Stradivarius, sin tocarlo. Por fin la suerte, la magia de Salamanca y hasta ese remedio que tanto bien le hace, tienden el puente, crean el clima y allí está uno, sacándole respuestas a ráfagas, en descansos de escaleras, junto a sarcófagos de



En la Universidad de Salamanca, con GENTE, frente al retrato de Bernardo Houssay.

En la biblioteca de la Universidad donde estudiaron Colón y Manuel Belgrano.





Leloir ubica a la Argentina en un globo terráqueo de 1758. "Me parece injusto que siempre nos pongan abajo".

piedra o al lado de esos pupitres del aula donde Fray Luis pronunciara el "Como decíamos ayer. . .", y en cuyas maderas las navajas de los estudiantes del 1.500 eternizaron los nombres de sus amores de turno. Leloir se distiende, acota con brillo y hasta hace bromas, y muy buenas. Como cuando cariñosamente el embajador le sugiere consolarse, dado que la gota ha sido siempre una enfermedad de reyes. . .

—Sí, será de reyes, ¿pero sabe usted cómo duele?

O cuando en cuclillas frente a un globo terráqueo de 1758 busca con esfuerzo ver cómo dibujaban a la Argentina en esa época y comenta:

—¿Por qué ponen siempre a los argentinos cabeza abajo? Es incómodo, y además injusto y no cierto. En el espacio no hay arriba ni abajo. A veces podrían ponernos arriba para compensar. . .

O cuando contemplando una estatua funeraria del mayordomo del obispo Fonseca (deteriorada, sin nariz) exclama:

—Bastante fiato, ¿no?

La primera impresión será la de este Leloir insólito, desconocido (por lo menos para mí). Luego vendrían las preguntas y respuestas.

## La Argentina desde lejos

—¿Cómo ve a la Argentina desde fuera, doctor, en este caso desde España?

—Bueno, yo siempre soy más bien optimista y pienso que todas las cosas, las dificultades que tenemos, se van a solucionar. Claro, desde afuera uno se vuelve más optimista, hace proyectos. Voy a hacer esto, voy a hacer aquello, y en una de esas vuelve y no hace nada de lo que proyectó porque encuentra que son ideas impracticables. Me ha pasado muchas veces. Y creo que le pasa a todos.

—Sin embargo, y pese a esas impracticabilidades que parece tienen todos los países con la gente que quiere hacer, usted ha podido hacerlas, usted lo alcanzó. . .

—Sí, es cierto. En mi caso se juntaron una serie de circunstancias favorables.

—¿Usted de pequeño tenía inclinaciones hacia lo científico? ¿Lo recuerda así?

—Sí. Por ejemplo, en el colegio me gustaban las materias científicas. En cambio aquellas donde había que tener memoria me cos-

taban mucho: historia, geografía, literatura. En todo esto era medio un fracaso. En cambio lo que era razonado, encadenado, me resultaba fácil. Por eso, lo mismo que estudié medicina podía haber estudiado ingeniería o física.

## La fuga de cerebros

—¿Cómo repercute en un hombre como usted la fuga de cerebros que es casi crónica en Argentina? ¿Gente valiosa que se prepara allá y luego la cosecha el mundo?

—Es una pérdida muy grande porque en general son las personas más capaces, y además le ha costado mucho dinero al país formarlos. Pero, qué sé yo, no se puede hacer nada. Es un drama que viven todos los países. . . Los más prósperos económicamente los van absorbiendo y se los llevan. Muchos pueden volver, otros no. Esencialmente creo que todo ese fenómeno depende del desarrollo económico del país.

—¿Usted de joven no pensó en irse?

—Sí, yo de joven tuve una época de duda y tras algunas vacilaciones me quedé. Porque

la verdad es que hemos pasado épocas tremendas en que uno pensaba que no había esperanzas en la Argentina porque todo estaba condenado al fracaso.

—¿Usted advierte que ahora hay alguna corrección?

—Parecería que tenemos posibilidades de que las cosas mejoren. Claro, van más despacio de lo que uno desearía, ¿no? Yo digo siempre que deshacer o destruir tarda diez veces menos que construir. Y periódicamente tenemos esos ciclos de construcción y destrucción.

—¿Cuál es a su juicio la característica virtuosa del argentino?

—No creo que sea muy distinto a otros habitantes del mundo. Me parece que se mueve debido a las mismas fuerzas y que todo es muy parecido. . .

—Pero otros habitantes del mundo consiguen. . . Fíjese los alemanes, de pronto en una década hacen lo que otros en tres. . .

—Pero también los alemanes tuvieron toda la catástrofe del hitlerismo. Sí, dos generaciones son un reloj y la tercera un monstruo. . . Claro, aunque catástrofe puede haber en cualquier país. . .

—Pero, ¿qué nos distingue a los



Con una clasificadora de libros. "Habitualmente no leo libros no científicos."

argentinos? Borges suele decir que somos más europeos que cualquier inglés, que cualquier alemán o que cualquier francés porque somos a la vez todos ellos, mientras que un inglés es sólo un inglés. ¿Qué piensa de eso?

—Es bastante acertada esa idea de Borges. . .

## Troilo, Piazzolla, mate cocido

—El hecho de que seamos un poco calidoscopio, una antología de razas, costumbres, ancestros, ¿no nos habrá hecho un poco pendulares, oscilantes?

—Claro, hemos recibido cualidades y defectos de algunos de esos pueblos que nos colonizaron. Tal vez más defectos que cualidades: desorden, falta de constancia. Algo tendrá que ver la cultura mediterránea en todo eso: mucho sol. . .

—¿Usted se siente ese argentino típico, o por lo menos ese hombre de Buenos Aires? ¿Usted qué tiene que ver con lo porteño, por ejemplo?

—Aunque nací en París, en cierto modo sí. Pero cambiado por una cierta dosis de internacionalismo. No me podría comparar con esos porteños genuinos que nunca han salido de Buenos Aires. He viajado mucho y me he impregnado de otras cosas.

—¿Pero hay porteñería en algunas actitudes de su vida cotidiana, doctor? ¿Usted toma mate, por ejemplo?

—No, pero tomo mate cocido. Empezamos en el laboratorio, por economía. Y en casa también solemos tomarlo.

—¿Y el tango le gusta?

—Sí, me gusta oír cantar tangos.

—¿Troilo, Piazzolla?

—No, yo me quedé más anticuado que Piazzolla. En Gardel. Claro, Troilo también me gusta.

Sólo llegué a Gardel y a Troilo.

—¿Y de los músicos clásicos?

—No, soy medio negado.

Tengo poco oído musical. . .

—¿Y en la pintura?

—Bueno, creo que estoy más cerca de ella que de las otras artes. Aunque no podría nombrarle a nadie. . .

—¿Pero en sus viajes usted visita los museos?

—Sí, sí, he mirado bastante.

—Discúlpeme estas preguntas.

Ocurre que en el científico hay cierta santidad, sacrificio, humildad. Ustedes siempre se mueven sin la espectacularidad del artista. Ambos buscan el conocimiento, aunque por vías distintas, y es importante saber dónde se juntan. ¿Usted, por ejemplo, lee libros no científicos?

—No, no lo hago regularmente. He leído, pero no con orden.

—¿Y los periódicos de cada día? ¿Está atento a la realidad diaria?

—Sí, especialmente atento.

—¿Y sobre qué noticias se detiene más?

—Las del día: políticas, científicas, lo que sea.

## "Estoy un poco haragán"

—En un mundo del que se dice ha apresurado más allá de lo humano su velocidad histórica, ¿cómo ve el destino del hombre?

—Yo no atribuiría los dramas de este tiempo, todo lo desagradable, al progreso científico y técnico. Creo que son cosas que están dentro del hombre. Siempre ha habido hombres malos. Lo que pasa es que ahora en vez de ser malos con sus puños y sus palos, son malos con ametralladoras. No creo que sea demasiado distinto, aunque tengo la impresión de que el mundo va mejorando pese a todo.

—¿Sigue trabajando con la misma intensidad que cuando recibió el Premio Nobel?

—No. Estoy algo más haragán porque con los años van aflojando las reglas de conducta.

—¿Y su investigación prosigue en el mismo campo, esto es, en la ruta que lleva a un mayor conocimiento de los hidratos de carbono y del sistema celular?

—Sí, siempre en la pequeña zona donde uno tiene un pequeño conocimiento. Es difícil cambiar, alejarse de ese lugar. Yo lo asimilo a un área donde hay una serie de personas trabajando para ir haciendo avanzar el frente que separa lo conocido de lo

desconocido. Cada uno de nosotros avanza unos centímetros y así se cumple con la ciencia.

—¿Y en lo que va del 70 a nuestros días Leloir avanzó muchos centímetros en el misterio de la célula?

—Un poco. No gran cosa.

—Vulgarmente se asocian sus trabajos (indirectamente, claro) con el cáncer. ¿Es así?

—Hay una relación, aunque lejana. Todo conocimiento que se obtiene sobre la célula es un paso que eventualmente puede ayudar a descubrir el problema del cáncer. Pero nuestros trabajos son más bien un apoyo.

—¿Considera todavía lejana la cura del cáncer?

—Yo creo que se está cerca. Creo que se habrá de solucionar en no demasiado tiempo. Realmente no tenemos idea de todo lo que avanza la ciencia. Mire las pestes que había antes. Se avanza rápido y mucho cada día.

—¿A su juicio, por qué no avanza tanto lo humanístico como lo científico?

—Bueno, porque no hay buenos métodos de estudio. En la ciencia tenemos la ventaja de poder hacer experimentos, y si resultan, crear otra hipótesis y con ella otro experimento. Así vamos avanzando sobre algo firme.

## Algo de política

—¿Y no debiera hacerse también así con lo humano? ¿No podría existir una ciencia política práctica, no meramente teórica, como hasta ahora?

Con una discípula española que estudió con Leloir en Buenos Aires.



—Yo creo que un poco se podría. Siempre pienso que los experimentos en pequeña escala de la ciencia podrían servir. En química, por ejemplo, cuando hay que preparar cierta cantidad de alguna sustancia se empieza con pruebas en miligramos. Así se pone a punto el método. Luego se hace con diez veces más sustancia, porque es un problema ir cambiando de cantidad. Y cuando uno lo sabe hacer con esa cantidad sigue con diez veces más y así se pasa de la planta piloto a la industria. Siempre pienso que en las cuestiones humanas se debería poder hacer pruebas así. Evidentemente habría sido menos grave para la humanidad haber instalado ciertos experimentos políticos en un sector pequeño, por poner un ejemplo, que hacer la brutalidad gigantesca que se hizo con millones de personas. Habría que probar con pocas personas y varios sistemas al mismo tiempo para ver cómo andan poco a poco, como hace la ciencia: llevar lo que es mejor a mayor cantidad de individuos, según su viabilidad. Eso sí sería la ciencia política bien aplicada: en experimentos sociales en pequeña escala.

—Claro, utilizando la experiencia a favor para no repetir errores, como se hace en casi todo el mundo.

—Claro. Pero no sé si será practicable...

—Pasando a otro tema: ¿cómo está su instituto? ¿Realmente los argentinos no lo estamos ayudando como usted lo necesita?

—Tenemos bastante ayuda del gobierno y de muchas empresas. El intendente municipal nos dio un nuevo terreno en Parque Centenario que es espléndido y a lo mejor a mitad de año comienzan las obras. Me importa por los jóvenes y por el país. A mi edad y con los años que se necesitarían para tenerlo listo se imagina que... Un centro bioquímico es algo muy caro. Hace muy poco hemos recibido una donación muy importante. Carlos Campomar dejó en su testamento un campo cerca de Miramar cuyo valor está en los dos millones de dólares. Pero queremos guardar ese dinero para el mantenimiento y compra de máquinas.

—¿Cómo ve a la juventud de este tiempo?

—Igual a la de todos los tiempos. Las generaciones son siempre iguales y en cada una de ellas hay un porcentaje de personas de genio. De genio y con ganas de trabajar también. No sé cuál es más importante de las dos.

—¿Qué persona influyó más en usted como científico?

—Bernardo Houssay.

## “No me digan sabio”

—¿A usted no le gusta que le digan sabio, no?

—No. Sabio es una palabra que está pasada de moda. Eso de sabio parece una broma. Antes podía haber personas que supieran un poquito de todo. Hoy ya no.

—¿Y de sus antecesores, los alquimistas, qué piensa?

—Que tal vez les hubiera gustado saber las cosas que sabemos ahora.

—¿Cómo definiría al científico?

—Se lo diré a través de una fábula que no es mía, y que creo marca bien la diferencia que hay entre un científico y un técnico. Son dos profesores, uno de cirugía y otro de química, que están paseando alrededor de un lago, cada uno por su lado. De pronto el primero ve a una persona ahogándose. Entonces se saca la ropa, va nadando, lo saca del lago, lo revive con respiración artificial, lo deja y sigue caminando. Ve a otro y hace lo mismo, lo salva. Prosigue su paseo y ve a otras dos personas que se están ahogando. En ese instante llega allí el profesor de química. El cirujano le dice: “Ayúdeme, mientras yo saco a uno, usted saque al otro”. Va a hacer lo suyo y ve que el profesor de bioquímica no hace nada y sigue caminando. “Por favor, haga algo que estas dos personas se están ahogando”, le grita. Y el profesor de química le contesta: “Ya estoy haciendo algo. Estoy tratando de ver quién está tirando toda esta gente al agua”.

## Los alquimistas y Borges

—¿Y cómo no se trajo el remedio de Buenos Aires, doctor?

—Esas cosas. Pero aquí encontré lo que quería. Y me hizo bien.

Insisto:

—Realmente, doctor: ¿ustedes no buscan lo que buscaban los alquimistas?

—Para nada. Ellos andaban detrás de la piedra filosofal. Lo que más les preocupaba era poder convertir cualquier metal en oro. Y creo que ahora el oro ha pasado a segundo lugar, ¿no le parece?

—Cuando dice “¿No le parece?” me recuerda súbitamente a Borges. Pero hablemos de Victoria Ocampo.

—Estuve en su entierro. Victoria era prima hermana mía. Nuestras dos madres son Aguirre. No nos tratábamos mucho, no había afinidad.

—¿Y con Borges?

—Hemos coincidido en algunos viajes, pero sin dialogar. Borges siempre dice lo que siente y eso me gusta. A mí me cuesta ser como él.

—Usted, como buen científico, tal vez deba comprobarlo...

—No. Ya está comprobado. Soy más inseguro que él.

ESTEBAN PEICOVICH  
(CORRESPONSAL EN ESPAÑA)

**Unica  
sin sabor  
metálico...**

# Sacarina Bayer



“La dulce dieta”

Muy buen gusto y excelente sabor.

Esta es la diferencia de Sacarina Bayer con todo lo conocido. Sacarinas hay muchas, pero Sacarina Bayer posee “enhancer”, un exclusivo corrector de sabor producto de la investigación Bayer. Envases de 200 y 500 comprimidos con dosificador individual.

Fabricada según fórmula original y bajo licencia de Bayer Alemania por Bayer Argentina S. A. División Farma



Precio indicativo x 200 comprimidos \$ 898.- (19-12-78)